

Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amarillos; solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo, y así no hay que buscarle en otra parte, pues no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fué el hombre criado para Dios; este es nuestro único fin, y toda nuestra felicidad. Aquel Señor que á cada criatura señaló su fin y el centro de su reposo, no es verosímil que solo al hombre le negase esta prerogativa, especialmente habiéndole él mismo impreso una ansia estremada de ser dichoso, con imposibilidad de serlo en este mundo. Mas ha de seis mil años que todos los hombres trabajan por ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta, que colme y fije todos sus deseos; siempre queda en el corazón un inmenso vacío, que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para ellos el hombre, y así no le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve á Dios, y luego que tome este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa estraña! buscar el consuelo en medio de las amarguras de que está inundada toda la tierra. En el mundo no hay bien alguno puro, todos están mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las más opulentas son las más felices, ni las mayores las más tranquilas. Son muy contados los días serenos; y se pasan pocos sin disgustos ni desazones: En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, ni en los espectáculos; esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; pero solo Dios es quien nos consueta total y plenamente.

El Evangelio es del cap. 16 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder: esto es, retraer de las delicias del siglo; y el que así la perdiere por mí, la en-

contrará en la vida eterna. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde su alma? ¿ó qué equivalente dará el hombre por ella? Sabed, que el Hijo del hombre ha de venir en el juicio universal en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces remunerará á cada uno según sus obras.

MEDITACION.

De las diversiones de las gentes del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que nada causa mas admiracion que el ansia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son en el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida: ¿cuantos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias? Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte, creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida, y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que cada dia no lleva su cruz, mortificándose todos los dias. Busca, imagina, si puedes, otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. ¿Y qué se ha de concluir de dos filosofías morales tan opuestas? ¿Pero cual será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertimonos, se dice, es verdad; pero ¿qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo, es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas ocupaciones de la ciudad. El otoño es el tiempo mas oportuno para lograr la diversion de la campiña. ¿Qué pecado hay en los juegos inocentes, en la concurrencia de cuatro amigos, y en las diversiones de campo, en que se emplea con poca interrupcion el tiempo que se vive en la aldea? Respondo con otra pregunta: ¿y en qué parte del Evangelio se lee que haya algun tiempo en la vida, en el cual sea lícito entregarse totalmente al regalo, á la diversion y á los pasatiempos con un entero olvido de Dios? ¿Qué mal se hace? ¿Y no será bastante malo no hacer cosa buena, el que en todos tiempos y á todas horas está obligado á hacerlas; el que será irremisiblemente reprobado si no hizo todas las que debió? ¿Qué mal se hace? ¡Pues qué! una vida consumida en mil inutilidades; una vida, por decirlo así, embriagada en la delicadeza y en la ociosidad, ¿será vida cristiana? Y si no lo es, ¿no será este un gran

mal? El alma sin la gracia es una tierra seca sin agua, que solo puede producir hojas sin fruto. La gracia, los auxilios sin correspondencia y sin buenas obras, son talentos sepultados, de los cuales no obstante es preciso dar estrecha y terrible cuenta. Y de buena fe, una vida que la ocupan toda entera, alternando entre sí, los negocios y las diversiones, ¿será muy oportuna para negociar con esos talentos de que el mundo hace tan poco caso, sin embargo de ser de tanto valor? Sin embargo, ésta es la vida de la mayor parte de las gentes del mundo; ¡pero cual será su suerte!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que las diversiones del mundo son hoy los lazos mas ordinarios, y los mas peligrosos que arma el demonio á la inocencia. Bien se puede asegurar que en ellas todo está emponzoñado, no ya con un veneno precipitado y violento, sino lento, disimulado, y casi imperceptible. Conversaciones, juegos, concurrencias, espectáculos; todo se hace mas temible, por lo mismo que parece menos sospechoso, menos contagioso y menos maligno. No son á la verdad accesos violentos de una impiedad descarada, ó de una declarada disolucion; porque el espíritu del mundo que reina en ellos, no ejerce un imperio tumultuoso y arrogante. Insinúase en el alma y en el corazon con mucha dulzura, disimulado en modales cultos, desembarazados y cortesanos. Todo va anivelado por la regla de una urbanidad, de una atencion y de un respeto que encanta. Guárdanse todos bien de preconizar el vicio ni la irreligion en semejantes teatros; contentándose con celebrar ciertas personas poco escrupulosas, alabándose su genio sociable, su docilidad, su natural dulce y apacible, su esquisito gusto en divertirse y en vestirse. Si sale á conversacion la virtud, siempre se la pinta con colores tristes y sombríos, sin olvidarse de que salga tambien de cuando en cuando á divertir á los circunstantes una bufonadilla aguda, fina y alegre. De esta manera se va insinuando el veneno, que desde luego introduce en el corazon cierto tedio, ó cierto desprecio de la virtud, de manera que se tendria vergüenza en aquel concurso de pasar por virtuoso, pues el nombre solo de devoto se reputaria por zumba, y no pocas veces por agravio. Temería uno desacreditarse haciéndose ridiculo, si en tales ocasiones se descuidase en soltar alguna máxima cristiana. ¿Y qué efecto produce este aire pestilente y contagioso? Un disgusto casi necesario de la devocion, y una delicadeza casi incurable. Sálese de estas conversaciones mundanas, de estas profanas ó poco cristianas concurrencias, de estas diversiones punto menos que gentilicas, con cierto gusto á

todo lo que es mundo, que puede pasar por una especie de hechizo. Oraciones, devociones, ejercicios piadosos, obligaciones de cristiano, todo se hace impracticable, de todo se huye. Debilitase la fe, y poco á poco se va estinguendo el espíritu del cristianismo. Justifiquense cuanto se quisiere esas habituales y perpetuas diversiones; ellas serán siempre el fatal escollo de la piedad, y no pocas veces de la inocencia; apenas es posible ser largo tiempo indevoto, sin pasar á disoluto. ¿Y despues de esto se preguntará friamente qué mal hay en estas diversiones que se llaman honestas y decentes? Pero ¿con qué cara hay valor para asegurar, por poco conocimiento que se tenga del mundo, que esos espectáculos, famosa escuela de todas las pasiones, y si es licito decirlo así, cuartel general de todos los vicios, son honestos é inocentes; que no hay mal, ni inconveniente en esas conversaciones tiernas y amorosas; en esos corrillos en que el menor pecado que se comete, suele ser el de una murmuracion sangrienta, satírica y mordaz; en esos juegos, en que la menor pérdida es la del dinero; en esos pasatiempos en que la desenfrenada licencia parece haber adquirido derecho para no avergonzarse de nada; en esos banquetes, en que por lo comun reina la intemperancia? ¿Habrà valor para decir que no hay mal, donde todo es tentacion, todo contagio, y cuando menos todo es lazos y peligros?

¡Ah Señor! dignaos por vuestra infinita misericordia abrirme los ojos del alma, para que conozca todos estos riesgos. Dignaos mover mi corazon para que haga eficaces estas reflexiones, poniéndolas en práctica. Esto es hecho, mi Dios, esto es hecho, jamás usaré de diversiones que no sean muy cristianas.

JACULATORIAS. — Diversiones engañosas, ¿para qué intentaréis hacerme caer en vuestros lazos? (*Eccles. 2.*)

¿Qué alegría, qué diversion puedo tener yo, viviendo rodeado de tinieblas? (*Tob. 3.*)

PROPOSITOS.

1 Ya se ha dicho en otra parte, pero nunca estará de sobra el repetirlo, para destruir la falsa idea que se tiene en el mundo de que la virtud escluye toda diversion, y que para salvarse no es menester hacerse uno anacoreta; ya se ha dicho, vuelvo á decir, que no se pretende prohibir á todo género de personas toda suerte de diversiones; las puede haber muy inocentes, y con efecto las hay muy lícitas. El fin es el que las debe arreglar. El

ánimo aplicado largo tiempo á cosas serias, pide algun desahogo, y el cuerpo fatigado con el continuo trabajo, necesita de descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no deben ocupar; en usándose con exceso, siempre son perniciosas. Nunca ha de ser la pasion su alma, ni su regla; para ser licitas siempre han de ser cristianas. Seas de la condicion que fueres, nunca emplees ni toda, ni la mayor parte de los dias festivos en jugar y en divertirte. No se pretende prohibir á los oficiales, ni á las demás personas ocupadas en los dias de trabajo, que en los de fiesta ocupen algunas horas en una honesta diversion; pero en todo caso vayan delante las obligaciones del cristiano, y sea respetada la santidad de tales dias.

2 Por lo que toca á las gentes de conveniencias, para la cual todos los dias de la semana son tan desocupados como los de fiestas, es cosa indigna, que si piensan en algun dia de diversion, le reserven para estos, ó para algun domingo. Procura evitar este abuso.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA. (Véase su historia en las de hoy.)

LA CONSAGRACION DE SAN EUSEBIO, obispo de Verceli, en el mismo dia; de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 1.º de agosto; y su festividad se celebra en el siguiente por constitucion del papa Benedicto XIII. (Véase su historia en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, ANTONIO, TEODORO, SATURNINO, VICTOR Y OTROS DIEZ Y SIETE, en Roma; los cuales padecieron por la fe de Jesucristo en la persecucion de Valeriano.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS FAUSTINO, LUCIO, CÁNDIDO, CELIANO, MARCOS, GENARO Y FORTUNATO, en Africa.

SAN VALERIANO, obispo, en Africa tambien; el cual siendo de mas de ochenta años de edad, en la persecucion de los vándalos intimándole Genserico rey arriano, que entregase los vasos y ornamentos de la Iglesia, se resistió á ello constantemente, por lo cual mandó que solo saliese desterrado de la ciudad, é hizo pregonar que nadie le diese acogida ni en poblado ni fuera de él. Y despues de haber estado mucho tiempo en el camino real á la inclemencia del cielo, acabó la carrera de su santa vida confesando y defendiendo la verdad católica.

SAN MAXIMINO, confesor, en la diócesis de Orleans.

SANTA CRISTIANA, esclava, en Hiberia, al otro lado del Ponto Euxino; la cual por sus milagros convirtió á las gentes de aquel pais á la fe católica en tiempo del emperador Constantino.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

LA octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun santo ó misterio, que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebridad, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la fiesta, por eso es casi tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonia la ha tomado la nueva ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo: no hareis en él obra alguna servil: *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus, omne opus servile non facietis in eo.* (Levit. 23.) Ofrecereis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofrecereis un holocausto al Señor, porque es un dia de junta, y no hareis en él obra alguna servil: *Dies quoque octavus erit celeberrimus.* La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo; mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion: aunque la celebridad sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas las gracias que hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo: *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalem á celebrar por ocho dias la fiesta de la purificacion del templo y la de su renovacion (*Joan. 10.*); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (*Joan. 7.*), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fué cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los que le celebran con devocion. No se duda que este rito se observa en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles, como se ve por las Meneas de los griegos.

No hay otras que las grandes fiestas que tengan octava. Las